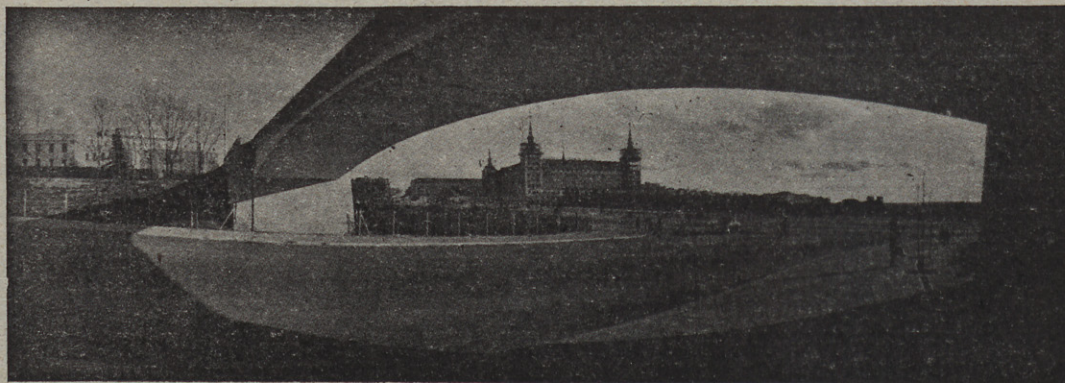


EDITORIAL



Ministerio del Aire. Madrid. 1943-1951.
Luis Gutiérrez Soto.

En este número de ARQUITECTURA se ha pretendido presentar una visión un poco general de la Arquitectura española durante estos últimos veinticinco años de paz.

Como toda labor de recopilación, ésta nuestra está sujeta a errores, a olvidos y a diferencias de criterio, pero, eso sí, está determinada por un deseo positivo de exposición de una labor nuestra. Dentro de algunos años se sabrá mejor que ahora el acierto de la misma. Los juicios de valor cambian constantemente, y lo que hace quince o veinte años nos parecía excelente, ahora es posible que no nos parezca tan bueno, y a la inversa.

Cuando seguramente se llegue a tener un punto de vista más adecuado y una visibilidad más amplia y certera será posible emitir un juicio verdaderamente claro.

Nosotros no hemos pretendido hacer una historia resumida de nuestras últimas arquitecturas, porque nos falta, probablemente, perspectiva. Hemos tratado de dar un repaso anticipado que pueda ser, tal vez, útil en el momento de escribir esta historia.

Por ello—con esta misma intención—hemos pedido colaboración de personas significativas, de las cuales, por desgracia, sólo han contestado algunas que, ciertamente, han manifestado su parecer con una sinceridad que agradecemos.

Sin embargo, esta manera dispersa de presentar las cosas pudiera producir, tal vez, alguna impresión de desconocimiento, por lo cual nos ha parecido obligado presentar en este Editorial algún breve comentario, sin la menor pretensión, por supuesto, de sintetizar en él lo que se dice en este número, sino más bien con el deseo de señalar desde la Redacción la importancia del acontecimiento.

Como dicen muy bien algunos de los articulistas, la arquitectura española ha pasado durante estos veinticinco años por tres períodos, probablemente no muy bien definidos, pero bastante bien determinados en el tiempo.

El primero, de reconstrucción, que comenzó al terminar nuestra guerra, en el cual la inspiración se centró en lo tradicional, en lo vernáculo, en lo castizo. El aislamiento en que nos sumió la guerra mundial y otras circunstancias contribuyeron notablemente a determinar esta postura.

Su realización, en su mayor parte, es discreta, y es de reconocer que incluso alguno de sus excesos tiene su raíz en la fuente de que dimanar.

El segundo comienza al acusarse el cansancio por la reproducción de modelos conocidos y tratar de incorporar—probablemente con cierta falta de criterio aún—aquellas tendencias más comunes en el exterior. El tercer período es el que estamos viviendo. En él se manifiesta un deseo de creación propia, una insatisfacción por muchas arquitecturas admiradas tal vez excesivamente, una intención de revisar valores y un espíritu de crítica ciertamente acusado.

Podrían indicarse fechas, nombres y datos, pero perdería rigor este esquema, tanto más verdadero cuanto menos exacto.

En este correr—nos señalan también algunos de los articulistas—dos circunstancias han venido complicando bastante la vida de los arquitectos.

Una interna; en nuestras Escuelas de Arquitectura se manifiesta un cierto ambiente de desconfianza por parte de los alumnos (y algunos profesores) ante el convencimiento de la falta de vigencia y eficacia de determinadas materias de enseñanza. Muchas cosas—tanto en el aspecto técnico como en el estético—que ayer eran vivas, hoy ya no tienen sitio más que en los libros de historia.

(Afortunadamente aquella desconfianza, tal vez por la comprensión que, a la larga, produce el tiempo, se ha suavizado un poco, de modo que da la impresión que aquellos alumnos que se entendieron tan mal con sus maestros, no construyen peor, al terminar sus estudios, que aquellos que acudieron a la Escuela llenos de veneración y respeto por los que les enseñaban. Otra externa—completamente independiente de la profesión en sí misma—viene determinada por el cambio producido en el mecanismo de la construcción de viviendas, que ha derivado desde ser un negocio privado a constituir un problema público.

El origen de esta nueva situación radica probablemente en la tremenda emigración del campo hacia los centros industriales, con el consiguiente aumento de la población urbana.

El proceso de las distintas soluciones que se han ido buscando para resolver este problema nacional se sucede desde el enfoque inicial—en el cual se consideraba el suburbio como una circunstancia ocasional que había que resolver apelando a la cooperación caritativa de las personas acomodadas—hasta el planteamiento actual fundamentado en un sistema de construcción masiva de poblados suburbanos.

Este desarrollo—ciertamente a plazo corto—ha traído como consecuencia el encuentro de los arquitectos españoles frente a unos problemas urbanísticos que superaban con mucho a los términos recibidos en las enseñanzas de la Escuela: la Economía, la Sociología, las Comunicaciones entraron de rondón en su oficio sin que los profesionales de esas materias acometiesen de lleno la colaboración.

Por este motivo es necesario juzgar con serenidad y justeza el trabajo realizado por los arquitectos españoles en estas tareas verdaderamente nuevas para ellos.

En resumen, pues, en estos veinticinco años se han hecho muchas cosas, se han cometido errores—que, por otra parte, han servido también para mejorar realizaciones—, pero en general se ha trabajado bastante. Lo cual, a la larga, es bueno siempre.

Las perspectivas, en este momento, como indican algunos de los articulistas, son esperanzadoras para la profesión. Es de esperar que los errores cometidos sean buenos también para el futuro, que de todo es necesario sacar provecho.

Agradecemos muy especialmente la colaboración extraordinaria de Antonio Fernández Alba, que ha estructurado este número, con el visto bueno del Director de la Revista y de un servidor.

Francisco de Inza.